

# Antropología Aplicada y cooperación al desarrollo. Reflexiones desde la frontera agrícola en río San Juan, Nicaragua

CARMEN TOMÉ VALIENTE

En el ámbito de la Antropología, resulta corriente escuchar voces que se alzan protestando por el escaso interés que despierta nuestro campo de estudio y trabajo entre personas e instituciones ajenas al mismo, y la poca consideración en que se tiene habitualmente la tarea del antropólogo/a. Yo misma me he sumado a estas voces en muchas ocasiones al constatar que, socialmente, se nos percibe como elementos más o menos excéntricos que hablan sobre obviedades de las que todo el mundo sabe o, por el contrario, de asuntos enrevesados y abstrusos que no interesan a nadie.

Y esto, en el mejor de los casos. En el peor de ellos se nos cataloga de agentes de extensión del colonialismo, vampiros de conocimientos e historias ajenas y aventureros de poca monta. Ante semejante imagen tan generalizada, de la cual nosotros somos los responsables últimos, solemos contraatacar ofreciendo peroratas gratuitas a los públicos más diversos, argumentando lo esencial del estudio de la cultura para aproximarnos a aquello que damos en llamar “lo humano”, así, de un modo global, cuando no nos quedamos en silencio manteniendo una actitud de digna indiferencia y conmiseración por la ignorancia del interlocutor.

Es evidente que la Antropología resulta un campo de investigación excepcionalmente atractivo por lo que tiene de puerta de acceso a la comprensión de “los otros”, pero también porque, como todo colega sabe, constituye en definitiva un camino hacia el autodescubrimiento y autoanálisis permanente. Hacer antropología para desvelar “lo otro” nos conduce irremisiblemente

mente, así, a desenmadejarnos nosotros mismos. Y en este deshacer del nosotros es como podemos acercarnos, en algo, a los demás.

Sin embargo, ¿qué hemos hecho, o más bien, qué hacemos los antropólogos/as con el ingente corpus de materiales y datos que almacenamos y registramos?, ¿cómo empleamos nuestros “vastos” conocimientos de “lo humano”?, ¿qué praxis puede derivarse de nuestra actividad, hasta la fecha eminentemente académica y abocada a un mundo cerrado de pocos pero selectos conocedores y partícipes de una jerga y ciertas afinidades literarias?

Pues hay que hacer un ejercicio de autocrítica, mal que nos pese, y reconocer que, en la mayoría de los casos, nuestro trabajo no ofrece servicios útiles a las sociedades y culturas en las cuales lo desarrollamos, y ni siquiera revierte en acciones en nuestro propio medio cultural conducentes a la mejora del conocimiento colectivo sobre la compleja y rica diversidad de las creaciones culturales humanas. Quizá, si se nos considera como una especie de diletantes y disertadores de la nada que nada hacen, puede que la razón no se encuentre en la incapacidad de los demás para entender nuestros “elevados” propósitos, sino en que, pura y llanamente, no queremos y/o no sabemos ni siquiera nosotros/as para qué sirve la Antropología y qué podemos ofrecer a nuestra sociedad y a aquellas en las que trabajamos como profesionales. Lo más normal es que nos esforcemos por ocultar este “talón de Aquiles” con una verborrea envolvente e indescifrable para la cual solemos estar bien dotados y entrenados.

¿Existe la Antropología Aplicada?... En mi opinión, debe entenderse, como su nombre indica, el ejercicio responsable de la Antropología como instrumento para intervenir en los procesos culturales de distintas sociedades o facilitarlos. Insisto en el adjetivo “responsable” porque nuestra incidencia en dichos procesos, de no plantearse con seriedad, es decir, de no aceptar que el verdadero protagonismo en los mismos no corresponde al antropólogo/a, sino a la comunidad local, puede llegar a ser una auténtica catástrofe para las poblaciones con las que trabajamos, convirtiéndose en una injerencia nefasta en las vidas de los otros, e incluso, en neocolonialismo, una actitud generalmente arropada con loables declaraciones de principios. Es muy difícil tratar de arrinconar nuestro substrato cultural de rancia raigambre evolucionista a la hora de iniciar acciones en el terreno. Inconsciente o conscientemente, pensamos que nuestra cultura y modus vivendi son superiores a los de los demás, y que es nuestra función apoyar a los pueblos en su proceso “civilizador” para que consigan, finalmente, salvar ese incierto estadio entre el animal y el ser humano en el cual les suponemos estancados. En nuestra soberbia, siempre estamos dispuestos a “enseñar” al nativo, incluso altruistamente, cómo realizar este tránsito, lo cual nos hace sentirnos una suerte de héroes de la cultura solidarios con el otro. Pero, ¿cuántos antropólogos/as estamos dispuestos a aprender, o mejor dicho, a desaprender aquello que nos impide una comunicación auténtica entre iguales? ¿aceptaríamos el dictamen heterodoxo y herético (en el amplio sentido del término) de los miembros de la otra cultura sobre lo propio y lo ajeno? ¿quiénes de entre nosotros seríamos capaces de despojarnos del academicismo, del status social y del grado que otorga nuestra cultura a los expertos de cualquier área de conocimiento occidental? Este debe ser necesariamente un pensamiento que debemos tener presente si

nos decidimos por el ejercicio de una Antropología vivencial y comprometida, sinónimo de Antropología Aplicada.

Los antropólogos/as somos también personas, con prejuicios, manías y todo tipo de veleidades. Nada más lejos que la objetividad en la Antropología, donde el encuentro con lo diferente significa la construcción de una intersubjetividad que solo es posible desde la experiencia plenamente humana, con errores y sentimientos incluidos. La construcción de la intersubjetividad es el camino a la cultura y la cultura en sí. No cabe la asepsia del método científico en semejante empeño. Por esto, considero que la empatía es una cualidad fundamental de los antropólogos/as que quieren esforzarse en el trabajo aplicado. En este sentido, y después de mi reciente experiencia en Nicaragua, estoy convencida de que no se puede llevar a cabo una tarea profesional en este terreno sin la incorporación de las emociones en aquello que hacemos. No quiero por ello decir que no podamos o debemos utilizar los referentes teóricos y las herramientas metodológicas que están a nuestra disposición, pero sí que ningún trabajo de este tipo es neutral, que siempre nos exige algo de nosotros mismos que hay que poner en juego y arriesgar, y que, definitivamente, resultará una experiencia que cambiará con seguridad nuestra vida.

Acabo de aludir a mi estancia en Nicaragua. Este pequeño país centroamericano ha protagonizado, sin duda, uno de los acontecimientos políticos más destacados del siglo en el continente: la Revolución Popular Sandinista. Liderado por el FSLN (Frente Sandinista de Liberación Nacional), el pueblo de Nicaragua consiguió en el año 79 liberarse del yugo impuesto por la dinastía Somoza, una auténtica dictadura cuyos principales fiadores eran los EEUU. En su empeño por recuperar esta área de influencia para el capitalismo y arrebatársela a las fuerzas de la izquierda, el gobierno norteamericano financió una guerra de agresión en suelo nicaragüense formando lo que se conoció en su momento como “la Contra”, un verdadero ejército cuyas filas fueron integradas fundamentalmente por campesinos e indígenas a los que se utilizó como carne de cañón contra sus propios hermanos en aquella ocasión. La guerra provocada desde fuera devastó el país, hasta el punto de que el FSLN tuvo que embarcarse en unas negociaciones de paz que implicaban la aceptación de la celebración de unas elecciones en Nicaragua.

El Frente pierde las elecciones en 1990 por escaso margen, pero esto supone la reintegración del país en el sistema económico capitalista y la vuelta al mismo de la oligarquía tradicional, refugiada en Miami durante el periodo de mandato de los sandinistas. Actualmente (1998), en el gobierno se encuentra instalada dicha oligarquía, de pretensiones supuestamente “democráticas”, cuya nefasta gestión no hace sino acrecentar el enorme abismo, en lo que a condiciones socio-económicas se refiere, entre una pequeña elite acomodada y el grueso de la población, de extracción fundamentalmente campesina. La aplicación del programa de Ajuste Estructural diseñado por el BM, el FMI y la AID sólo ha supuesto para los nicaragüenses un descenso de la capacidad adquisitiva de los salarios, el aumento del desempleo, un endeudamiento progresivo de la balanza comercial, la privatización acelerada de la sanidad y la enseñanza y, en definitiva, un incremento escandaloso de los niveles de miseria y precariedad económica, que se han disparado. Sólo por aportar una cifra, el porcentaje de hogares con ingresos inferiores a la línea

de pobreza ha pasado del 64'4% en 1990, al 82'2% en 1997. Jóvenes y mujeres son dos de los sectores sociales más golpeados. Nicaragua es hoy el segundo país más pobre de América Latina según el Índice de Desarrollo Humano de la ONU, únicamente aventajado en este triste honor por Haití.

Durante el periodo de junio de 1997 a octubre de 1998 desarrollé diferentes actividades como antropóloga en Nicaragua. A lo largo de este casi año y medio, el desempeño de la antropología me permitió conocer por dentro distintas entidades, oficiales y no gubernamentales, locales y extranjeras, que tratan de fomentar un modelo de desarrollo sostenible dirigido a los habitantes de la frontera agrícola nicaragüense. También tuve oportunidad de convivir con la población de esta región. Es mi intención presentar seguidamente en estas páginas una reflexión acerca de esta experiencia en Antropología Aplicada y de lo que de ella pude aprender.

El escenario de nuestro trabajo fue Río San Juan. Se trata del último departamento al sudeste del triángulo irregular que conforma el país. La ancha banda de plata del río que da nombre a la zona corre de oeste a este: naciendo en el lago Cocibolca, desemboca en el Caribe. Durante bastantes kilómetros, el río sirve como delimitador de otra frontera, en este caso administrativa y traumáticamente real entre Nicaragua y Costa Rica.

La problemática que presenta la región está fuertemente vinculada con el fenómeno inmigratorio y colonizador de espacios vírgenes, potenciado a partir de los años 60 por la administración somocista, y con la explotación depredatoria de los recursos naturales de un área de enorme importancia ecológica y medio ambiental. Existen actualmente en la zona varios espacios protegidos, entre los cuales destacan el Refugio de Vida Silvestre de Los Guatuzos y La Gran Reserva Indio-Maiz. El primero de ellos está conformado fundamentalmente por humedales, mientras que el segundo es una todavía respetable mancha de bosque tropical húmedo. Ambos se encuentran actualmente amenazados por la presión demográfica y las prácticas productivas no adaptadas e insostenibles.

La población actual de la zona proviene en su mayoría del Pacífico nicaragüense, de donde fueron expulsados a raíz de la concentración latifundista, fruto principalmente de la expansión del algodón y la caña de azúcar en las décadas de los 50 y 60. En aquella época, los planes desarrollistas de apertura de la frontera agrícola potenciaron el traslado de miles de campesinos que quedaban sin tierra en el oeste del país hacia la zona atlántica, un territorio menos fértil y con unos elevadísimos índices de pluviosidad. Estas iniciativas se enmarcaban en las políticas dictadas por la estrategia contrainsurgente de la Alianza para el Progreso, liderada por EEUU. El Pacífico de Nicaragua podía convertirse en un polvorín cuya mecha fuera incendiada por el descontento campesino, que crecía al ritmo de la expansión de los latifundios.

Una nueva ola migratoria se produce tras la guerra de los años 80, cuando se inician los repartos de tierras y la legalización de las mismas a favor de personas desmovilizadas del Ejército Popular Sandinista y las fuerzas de la Contrarrevolución. Actualmente, siguen llegando contingentes poblacionales, fundamentalmente procedentes de la antigua frontera agrícola, en donde el despale indiscriminado y el mal uso de los suelos han convertido lo que antes era una impresionante selva en una extensión de potreros, solo aptos pa-

ra la ganadería extensiva. El hábitat es disperso, y la región es todavía un insalubre rincón del país infradotado en lo que a comunicaciones e infraestructuras se refiere, con enorme incidencia de la pobreza y el analfabetismo.

Para sintetizar, la frontera agrícola constituye un fenómeno caleidoscópico, ecológico, socio-económico y cultural a un tiempo. A nivel ecológico, supone la vigencia de modelos productivos insostenibles con el medio, el uso de las quemadas indiscriminadas como forma de apertura de nuevos espacios, con la consiguiente pérdida de acuíferos, degradación de suelos y alteración ambiental, y la práctica de la depredación de los recursos naturales, tanto de la flora como de la fauna. A nivel socio-económico, implica un tejido social desestructurado, desgarrado por las migraciones constantes y procesos de toma de decisiones basados en la preeminencia del caziquismo y las redes de parentesco, una marcada división sexual del trabajo, así como una economía prácticamente de autosubsistencia, un nivel muy bajo de aplicación de técnicas modernas en el campo, y la dependencia de mediadores para la venta de las cosechas. En cuanto a los aspectos culturales, se constata una elemental falta de identificación de la población con el medio y con los otros vecinos, una gran rigidez en lo que a la construcción de identidades de género se refiere, la presencia del incesto y el peso excesivo de la iglesia como casi única actividad social. Desde mi punto de vista, atacar esta problemática compleja requiere de soluciones complejas e integrales, a su vez.

Mi trabajo como antropóloga consistió en realizar inicialmente una monografía de la población de la zona. Dicha investigación estaba enfocada a profundizar en aspectos de la cultura y la organización socioeconómica del campesinado fundamentales para iniciar acciones en el ámbito productivo, organizativo, y en las relaciones de género. Primeramente, considero que el trabajo de investigación puramente antropológico, a la antigua usanza, debe mantener, en estos contextos, un diálogo abierto con las características del proyecto a desarrollar, proyecto que debería ser modificado si las observaciones y los datos de la investigación arrojan una nueva luz en lo que a objetivos y procedimientos para alcanzarlos se refiere. En relación a esto, la investigación debería preceder al diseño de los proyectos de cooperación. Por desgracia, en muchos de ellos se contrata a los antropólogos/as con el fin de que elaboren un discurso “a posteriori” que otorgue legitimidad científica a las acciones que se desarrollan en el campo social, económico y cultural. No debemos engañarnos al respecto: nuestro trabajo es también un trabajo político, puesto que en nuestras manos está calibrar si trabajamos para la comunidad, o para favorecer intereses espúrios a la misma y no siempre transparentes.

Los intereses de la comunidad siempre deben estar por encima de los acuerdos que los miembros de las ONG's alcanzan con sus financiadores. Esto, lamentablemente no es la norma, y lo más habitual es que se trate de ajustar la realidad al papel, lo que garantiza la consecución de nuevas subvenciones y ayudas futuras para la entidad que opera en un territorio. Sin embargo, este es el camino más sencillo para abocar cualquier acción al fracaso más rotundo. Así, muchos/as de nosotros/as nos podemos fácilmente convertir en perpetuadores de los problemas que abiertamente decimos tratar de solventar y en nuevos fichajes de los “clanes de la cooperación”, conformados por

personas que, con poco o ningún escrúpulo, viven permanentemente de las desgracias ajenas.

Como coordinadora del componente social de un proyecto de desarrollo, a la par que completaba una monografía que a mi entender debía haber sido realizada mucho tiempo antes, era mi responsabilidad coordinar actividades encaminadas al fortalecimiento de las estructuras organizativas y del tejido social existente, muy débil y caracterizado, como más arriba mencionábamos, por la preeminencia de las relaciones de parentesco y de una cultura política basada en el cacicazgo. Me vi obligada a comprender la realidad en la cual me movía a la par que diseñaba estrategias de trabajo con la población. Ciertamente, era preciso entonces, y es necesario aún, apoyar el afianzamiento de identidades colectivas entre los pobladores, provenientes de muy distintos orígenes geográficos y culturales. En relación con ello, resultaba prioritario fomentar procedimientos participativos de toma de decisiones en las comarcas, diversificar el liderazgo y favorecer el conocimiento, por parte de sus habitantes, de cuáles eran sus derechos como nicaragüenses y como personas, y de qué procedimientos debían emplearse habitualmente para entablar las relaciones necesarias con la administración pública, siempre tan distante de su problemática cotidiana, a fin de reclamar su atención y su compromiso con las demandas de los pobladores. Como antes mencionaba, la actitud gubernamental hacia el campesinado es, a veces, hasta de insultante indiferencia.

Pero la identidad humana es un asunto extremadamente complejo de abordar. Los procesos a través de los cuales las personas se interpretan a sí mismas, en relación con un entorno físico y sociocultural, implican modelos de socialización y espacio-tiempos en los que los encuentros humanos puedan tener lugar. Mantengo que un campesino o campesina de la frontera agrícola tiene, tanto a nivel intelectual, material y físico, como afectivo, necesidades, miedos y deseos que trascienden las barreras del universo cultural propio para incursionar en el terreno de lo universal. Por esto, abogo porque las actividades en el ámbito de la cultura no se dejen al margen en el diseño y puesta en marcha de los proyectos de cooperación, pues únicamente parece importar a los diseñadores de proyectos de cooperación y a las agencias financiadoras el aspecto productivo. La gente vive de pan (en este caso de maíz), pero sigue siendo humana y la persona no crece y se desarrolla íntegramente con el mero alimento, sino que resulta fundamental para ello que acceda a otros recursos de tipo cultural. La solución no estriba en suplir las necesidades de la población, por ejemplo, construyendo escuelas allá donde existe carencia de cobertura educativa, sino en apoyar decididamente a la comunidad en las justas reivindicaciones que llevan adelante frente a las autoridades competentes y en presionar a los gobiernos para que atiendan las demandas que se les plantean.

Tengo la impresión de que se le pide demasiado al receptor de ayudas: queremos que sean perfectos, que se organicen, que desarrollen un espíritu de trabajo en grupo y las habilidades para ello, que superen los conflictos y, en definitiva, que cambien según nosotros pensamos que deben hacerlo, y todo para darles un quintal de arroz o frijol. Nos olvidamos que estamos trabajando en contextos de guerra o postguerra, donde no resulta tan sencillo cerrar las heridas aún sangrantes. Es de un cinismo que espanta el exigir a

otras personas cosas que no somos capaces de exigirnos a nosotros/as mismos.

En nuestro proyecto nos preocupaba la situación de la mujer en el agro, que sigue siendo de franca dependencia económica y de subordinación al varón. De hecho, la mujer no es dueña aún ni de su propio cuerpo; por ejemplo, la planificación familiar es todavía rechazada por amplios sectores (sobre todo por los varones). Esto es debido en parte a la profunda religiosidad de los habitantes del campo. Existen en la región aproximadamente unas 17 denominaciones evangélicas que están experimentando una expansión notable, además de la iglesia católica, y el discurso de todas ellas es muy conservador en lo que a estos temas se refiere. Sin embargo, lejos de perdernos en perspectivas pseudo-feministas a la occidental, es muy importante partir de la construcción de la identidad femenina y masculina entre la gente con la que trabajamos. Los cambios culturales que tienen que ver con la identidad de las personas son procesuales, y a menudo, como es el caso de la propia sociedad de la que yo procedo, precisan de más de una generación para consolidarse. Nuestro proyecto contemplaba inicialmente un componente de género del que una persona era responsable. Lo que ocurre es que el tema, más que como un compartimento estanco, debería verse como un aspecto de la realidad de las personas que permea cualquiera de sus actividades en la vida cotidiana; se trata de un enfoque nuevo que no puede ni debe agotarse en la mera implementación de algunas ayudas particularmente dirigidas a las mujeres. Primero, porque cuando hablamos de género, no hablamos de “un” género, sino de dos, segundo, porque todos y todas estamos implicados en igual medida con las transformaciones socio-culturales en el seno de cualquier grupo humano al que nos sentimos pertenecer, y tercero, porque hay que empezar por concienciar a los propios compañeros de trabajo para que hagan un esfuerzo por abandonar actitudes en ocasiones claramente machistas y sexistas.

El avance de las distintas iglesias evangélicas en América Latina es un fenómeno en pleno auge actualmente. Las ramas pentecostales de dichas iglesias se caracterizan por la capitalización de los símbolos culturales propios de la población existente allá donde se instalan, que resultan manipulados para dotarlos de contenidos afines al nuevo credo. En nuestro caso, la afiliación de los campesinos a estas iglesias está, sostenemos, muy vinculado con la necesidad de anclaje emocional de las personas. Muchos excombatientes han pasado por un proceso de redefinición identitaria, y las iglesias evangélicas han tenido grán éxito proporcionando un espacio expresivo e instrumental a las personas que han aceptado la conversión como mecanismo para ello. Ante la crisis de los discursos políticos para explicar la realidad, y el derrumbe del régimen sandinista, los “hombres nuevos” solo pueden construirse desde la fe. Se insta a que las personas olviden su pasado e inicien una “nueva vida en Cristo”. Hay que destacar que las mujeres han sido los agentes conversores fundamentales en la expansión de estas nuevas versiones del protestantismo, de carácter muy folklórico, milenarista y apocalíptico. Los evangélicos prohíben el consumo del alcohol y del tabaco, a la par que condenan el baile y la música que no tenga como fin alabar a Dios. Para las mujeres, esto ha supuesto una garantía económica importante: los hombres ya no se gastan los exigüos ingresos familiares en estos menesteres, con lo cual la economía familiar resulta favorecida. A la par, el nivel de violencia doméstica, tan co-

riente y tan asociado al consumo de alcohol, desciende en las familias evangélicas. Tampoco los hombres visitan a las prostitutas, con lo cual, las mujeres contraen menos enfermedades de transmisión sexual, bastante comunes.

Actualmente, existe en Antropología un debate abierto en torno a la función modernizadora o, por el contrario, conservadora de valores y estructuras socio-culturales tradicionales de estas iglesias. En este caso, en mi opinión los presupuestos ideológicos que se translucen del discurso y la práctica del evangelismo tienen como resultado la acentuación del individualismo entre las personas, con la consiguiente desmovilización social, ausencia de participación y falta de confianza en proyectos colectivos o en los cuales participen miembros de otras iglesias, fundamentalmente la católica. Existe al respecto una amplia bibliografía que puede ser manejada.

Además de los métodos tradicionales al uso en antropología, tales como la observación participante, las entrevistas en profundidad, los grupos de discusión y las historias de vida, nos planteamos que en esta situación era preciso decidirnos, partiendo de una epistemología crítica, por la fórmula de la investigación-acción. Su especificidad radica en que los propios pobladores se convierten en agentes de la misma. Son objeto y sujeto de estudio al mismo tiempo, desarrollando una conciencia clara acerca de su situación, de los procesos que les han conducido a este punto, y de aquellos que hay que poner en marcha para llevar a cabo un cambio social y cultural en profundidad allá donde ellos/as mismos/as consideran que es preciso. El investigador (en este caso la antropóloga) debe decidirse a convertirse en un facilitador de dicho proceso, modificando radicalmente el papel tradicional del antropólogo/a que dictamina desde fuera cuál es la problemática de una comunidad, de qué recursos dispone para superar dicha problemática, y cuáles son las acciones que deben emprenderse para ello. Deseábamos potenciar el autoconocimiento y la autopercepción de la propia comunidad como un colectivo con una idiosincrasia particular y con problemáticas compartidas. En este sentido, el conocimiento otorga a los miembros de la comunidad un saber que se convierte en el poder para iniciar transformaciones necesarias. El Diagnóstico Participativo era la herramienta de trabajo social más adecuada; su eficacia ha sido probada con óptimos resultados en muy distintos contextos culturales, principalmente en América Latina y en el mundo rural. Su utilización persigue, entre otras cosas, crear comunidad a partir del análisis colectivo de la realidad y del planteamiento de objetivos compartidos.

Para llevar a cabo el diagnóstico, primero contactamos con los/las líderes naturales de las comunidades y con las personas con autoridad en las mismas. Conjuntamente con la investigadora y los técnicos de campo del proyecto, definimos los contenidos iniciales de lo que debía ser una consulta popular de amplia cobertura. Diseñamos talleres de capacitación para estas personas, que fueron las encargadas de llevar a cabo todo el proceso, con el apoyo técnico del proyecto. Buscábamos conseguir un efecto multiplicador: cuanto más gente se involucrase e involucraran a su vez a otras personas en este esfuerzo colectivo, mayor efectividad y fiabilidad de los resultados obtenidos. Procuramos siempre que la participación femenina fuese, al menos, del orden de un 30 a un 40% en todo momento. Una vez realizada la pesquisa, los datos eran sistematizados y devueltos a la comunidad para analizar las con-



clusiones con la totalidad de las familias participantes en el proyecto mediante procedimientos asamblearios.

Esta misma dinámica asamblearia se empleó para identificar los recursos materiales, humanos e institucionales de los que la comunidad disponía de cara a resolver los problemas identificados, uno por uno. Finalmente, ideamos estrategias de acción conjunta definiendo responsabilidades en el seno de la comunidad. La idea era facilitar la apropiación del proyecto por los lugareños y la consolidación de una dinámica de trabajo comunal que después podía seguir funcionando en aspectos de la vida social colectiva no directamente ligados con la investigación.

A la par de la evolución del diagnóstico, desde el componente social del proyecto iniciamos la emisión de un espacio radiofónico semanal. Resulta de particular importancia identificar los mecanismos de comunicación y transmisión de información que maneja la población con la que trabajamos, sobre todo en lugares donde, como antes mencionábamos, el hábitat es disperso. Nuestro programa tenía como objetivo apoyar la comunicación entre los campesinos de la zona, recuperar la memoria colectiva y afianzar el conocimiento de la población acerca de la historia de Río San Juan, en aras de fomentar un sentimiento de identificación con el espacio y con la comunidad. A través de la radio, las mujeres adquirirían a su vez un nuevo protagonismo social, pues se convirtió en un foro de discusión de asuntos que a ellas les interesaban, contando con su participación directa. Mujeres y hombres de las comunidades grababan sus opiniones sobre distintas cuestiones y estas eran retransmitidas desde la emisora. En nuestro caso, utilizamos a lo largo de las emisiones el registro lingüístico local... No es posible tratar de llegar a un público determinado sin utilizar el sociolecto, los modismos y giros lingüísticos propios de dicho público. En este sentido, utilizamos mucho las lecturas dramatizadas en las que el campesinado aparecía representado abordando distintas temáticas; a veces incluso se radiaban anécdotas reales extraídas de la vida cotidiana en las comunidades. La música utilizada era aquella culturalmente idiosincrásica y popular entre ellos/as y que más atractiva les resultaba. Hay que pensar siempre que el ritmo de los programas debe ser ágil, para no cansar a los oyentes. Otra finalidad del programa fue hacer familiar entre la gente la idea de lo que es el desarrollo sostenible respetuoso con el medio ambiente, única alternativa económica y social con viabilidad para la región, cosa que se consiguió en gran medida; de hecho, observé que los habitantes de las comarcas habían incorporado a su vocabulario conceptos que estaban siendo difundidos a través de la radio.

Todo esto parece un plan perfecto en teoría, pero las dificultades de realización fueron muchas, y hubimos de trabajar duro para superarlas. Por ejemplo, nos enfrentábamos con el analfabetismo. Potenciamos entonces como "líderes" del diagnóstico a personas con algún nivel de instrucción, muchos de ellos y ellas, jóvenes. Tampoco el clima y las condiciones geográficas ayudaban, puesto que las familias viven en pequeños ranchitos muy distantes entre sí, a menudo separados por obstáculos naturales como ríos que experimentan crecidas espectaculares de la noche a la mañana por las lluvias. En otros casos, hubo que luchar por vencer una desconfianza inicial del campesinado que no acababa de comprender que sentido tenía semejante despliegue de actividad. La mayoría de la población ha sido Contra, y todo lo

que tiene que ver con organización comunitaria, aún les parece peligrosamente sandinista. Algunos caciques locales, comprendiendo que el procedimiento podía mermar su poder en las comarcas, se opusieron al mismo. El programa de radio y las estadías en el terreno, durante las cuales nos hospedamos en las casas de la misma población, fueron importantísimos en este sentido, y conseguimos pronto el apoyo masivo de la gente para el inicio de las actividades. Podemos decir que el diagnóstico fue un éxito; en él participaron directamente más de cien personas, e indirectamente, la totalidad de las familias de las comunidades, entrevistadas una a una en sus viviendas.

Desde mi punto de vista, el área social de los proyectos de cooperación, tan a menudo entendida como un mero “adorno” es, sin lugar a dudas, el pilar básico sobre el cual deben diseñarse las acciones del mismo en otros campos, como el económico, por ejemplo. Cualquier profesional que conduzca dicho componente en un proyecto debe estar al tanto de las acciones que se realizan en las distintas áreas y esforzarse porque exista una retroalimentación entre todas las actividades que se llevan a cabo, de modo que se refuercen entre sí y no se perciban como independientes. A veces esto nos cuesta cierto trabajo, puesto que, en muchas ocasiones, no hay, al contrario de lo que pudiera suponerse, una integración inicial de todos los componentes. La buena comunicación dentro del equipo conductor de un proyecto debe estar garantizada para que esto ocurra, y es corriente que los planteamientos jerarquizantes y la concepción excesivamente burocrática del trabajo en cooperación impidan que este cometido se realice.

Como antropóloga, en colaboración con otros organismos, también fui co-responsable de la redacción de un manual antropológico para técnicos de campo, que trataba de dar respuesta a otros problemas detectados, como es la excesiva especialización de los técnicos de campo y trabajadores de las áreas productivas. En su práctica totalidad, estas personas tienen una formación vinculada a los estudios agropecuarios y forestales, por lo que era preciso apoyarles en los aspectos ligados al trabajo social. Habitualmente, en los proyectos de cooperación al desarrollo se priorizan los componentes productivos y económicos a los sociales, generalmente desde una visión muy tecnicista y teñida a menudo de etnocentrismo. En muchas ocasiones, solo se obtienen resultados mermados por la incompreensión de la cultura campesina, que en nuestro caso, presenta elementos claramente indígenas mestizados con aquellos propios de la colonización española. Por ejemplo, los ciclos productivos se encuentran aún fuertemente relacionados con las fases lunares, y factores tales como la “temperatura” que los campesinos atribuyen como una cualidad intrínseca de tierras, objetos, plantas, animales, estados de ánimo, enfermedades y remedios, se tienen muy en cuenta para garantizar la fertilidad y la producción, por lo que no pueden dejar de ser contemplados al trabajar en este contexto.

Finalmente, tuve ocasión de realizar un diagnóstico de género específico para una institución, en este caso nicaragüense, que mantiene proyectos de carácter cooperativo en la región. Para esto, me mantuve sin salir de las comunidades campesinas durante aproximadamente un periodo continuado de un mes y medio, en las mismas condiciones que sus habitantes. Los talleres participativos que se montaron para llevar a cabo la investigación nos dieron la oportunidad de intercambiar experiencias, vivencias y conocimientos con

las personas de las comarcas campesinas. A lo largo de este último trabajo, profundamente enriquecedor, tuve tiempo de reflexionar acerca de otros aspectos, no por materiales menos relevantes, acerca de lo que supone la experiencia del trabajo de campo. Para empezar, la resistencia física a un medio tan hostil y diferente del propio debe tenerse en cuenta, puesto que hay que caminar largas distancias y adaptarse a la precariedad material generalizada, al menos en este territorio. No es fácil acostumbrarse a los ataques de los insectos, a la rutina y escasez alimenticia o al agua que generalmente se toma de las quebradas y riachuelos. La preparación a conciencia en este sentido es fundamental y no debe desdeñarse.

Por otro lado, también hay momentos de profunda soledad. Como antes comentaba, en mi opinión, el trabajo de campo exige importantes dosis de empatía para poder “meternos” en la piel del otro/a y comprender en alguna medida un mundo completamente ajeno. Sin embargo, una debe establecer un diálogo consigo misma para distanciarse también de aquello que ve y poder registrarlo y analizarlo con el mayor rigor posible. La disciplina de trabajo regular exige el registro cotidiano de los datos y el mantenimiento de un diario que no puede interrumpirse sean cuales sean las condiciones materiales y emocionales en las que desempeñemos nuestra tarea. En lugares tan aislados, tampoco contamos con el apoyo de los centros académicos, que resultan muy alejados de las zonas de trabajo. Es estas situaciones el investigador/a pone todo su capital humano, emocional e intelectual en acción, sin el apoyo de nadie con quien poder compartir muchas reflexiones.

Los antropólogos/as solemos resultar incómodos para los “bienpensantes” de la cooperación porque, cuando nos tomamos nuestro trabajo en serio, cuestionamos los lugares comunes y los discursos estereotipados sobre la naturaleza de la realidad socio-cultural en la cual estamos inmersos y, ciertamente, no siempre los financiadores de los proyectos tienen interés en que los protagonistas del desarrollo sean los propios pobladores del territorio en que se implementan los proyectos, independientemente del discurso que esgriman públicamente. Hay presiones para que nuestro trabajo se burocratice y se escorde hacia la aplicación de metodologías exclusivamente cuantitativas que abandonan el análisis cualitativo, diacrónico e integral de los fenómenos que investigamos. Sin embargo, no es nuestra tarea proporcionar argumentos “científicos” para justificar políticas de desarrollo que no tienen en cuenta a los sujetos que las padecen. Si queremos mantener nuestra ética profesional, es nuestro deber denunciar estas maniobras que, lejos de apoyar a la comunidad en cuestión, tal vez no hacen más que contribuir a que se hagan crónicos los problemas que la afectan, favoreciendo indirectamente la perpetuación en el poder de quienes abusan del aislamiento de los campesinos para utilizarlos en su propio beneficio. Definitivamente, nuestra postura ante esta situación debe ser muy clara y consecuente.

Para finalizar, me gustaría comentar las dificultades que las mujeres tenemos desempeñando este tipo de trabajo en las sociedades patriarcales, donde no se nos suele considerar bien en el ámbito laboral y en las que los compañeros no siempre respetan que el responsable de un componente en un proyecto sea una mujer. Las expectativas sociales sobre lo que debe y no debe hacer una mujer pesan mucho en estos contextos y todavía somos percibidas como objetos sexuales antes que como profesionales en nuestro campo.

De cualquier modo, este breve escrito no pretende disuadir a nadie del esfuerzo, sino más bien, animarlo al mismo. Mi intención ha sido ofrecer en pocas paginas, desde la experiencia, algunas ideas para antropólogos/as que trabajan en el terreno, comprometidos con transformaciones sociales y culturales como facilitadores de las mismas. En este sentido, en mi opinión, debemos abandonar la butaca y pasar a la acción, sin olvidarnos que la investigación es siempre importante, pero que de nada nos sirve ese esfuerzo si no hemos aceptado y entendido que los auténticos protagonistas de los procesos son los hombres y mujeres que viven en las comarcas donde trabajamos, y que existen técnicas como el diagnóstico participativo, que otorgan a la comunidad el papel preeminente que le corresponde y el poder de intervenir en el devenir de su propia historia.

## BIBLIOGRAFÍA

- WESPI, M., ULLOA, S. y WEBER, G.: *Diagnóstico Rural Participativo (D.R.P.). Una Guía Metodológica basada en experiencias en Centroamérica*. Cuadernos Técnicos del SIMAS, nº2. Simas-Cicutec. Managua, 1996.
- CASTILLO, N. y CASTRO, V.: *El Diagnóstico Participativo. Dos experiencias de trabajo*. Cuadernos Metodológicos del Ipade. Managua, 1993.
- BOJANIC, A. y otros.: *Demandas Campesinas. Manual para un Análisis Participativo*. La Paz, Bolivia. 1994.
- El Proceso de Evaluación Rural Participativa. Una propuesta metodológica*. Centro Internacional para el Ambiente y Desarrollo. Programa de Manejo Participativo de Recursos Naturales. Cuaderno nº 1 México. 1993.
- TOMÉ, C.: *El Campesinado de Frontera Agrícola en Río San Juan, Nicaragua. Monografía antropológica*. Solidaridad Internacional. En proceso de edición. San Carlos, Río San Juan. Nicaragua. 1998.
- BADSTUE, L., NYGREN, A. y TOMÉ, C.: *El Campesino de Frontera Agrícola en Río San Juan, Nicaragua. Manual para Técnicos de Campo*. Danida. Managua, 1998.
- TOMÉ, C.: *Diagnóstico de Género de las Comunidades del Área de Amortiguación de la Gran Reserva Indio-Maiz*. CIPRÉS. Inédito. 1998.
- REYES, R. (Dir.): *Terminología Científico-Social. Aproximación Crítica*. Anthropos. Barcelona, 1988.
- BOUDEWIJNSE, B. , DROOGERS, A. y KAMSTEEG, F. (Edit.): *Algo más que Opio. Una lectura Antropológica del Pentecostalismo Latinoamericano y Caribeño*. D.E.I.. San José, 1991.
- VARGAS, O. R.: *Nicaragua: Entre el Laberinto y la Esperanza (1990-1994)*. Nicaragua. Managua, 1993.
- VARGAS, O. R.: *Pobreza en Nicaragua: Un Abismo que se Agrandada*. IDEHU (Departamento de Investigación y Desarrollo Humanístico). Upoli. Managua, 1998.